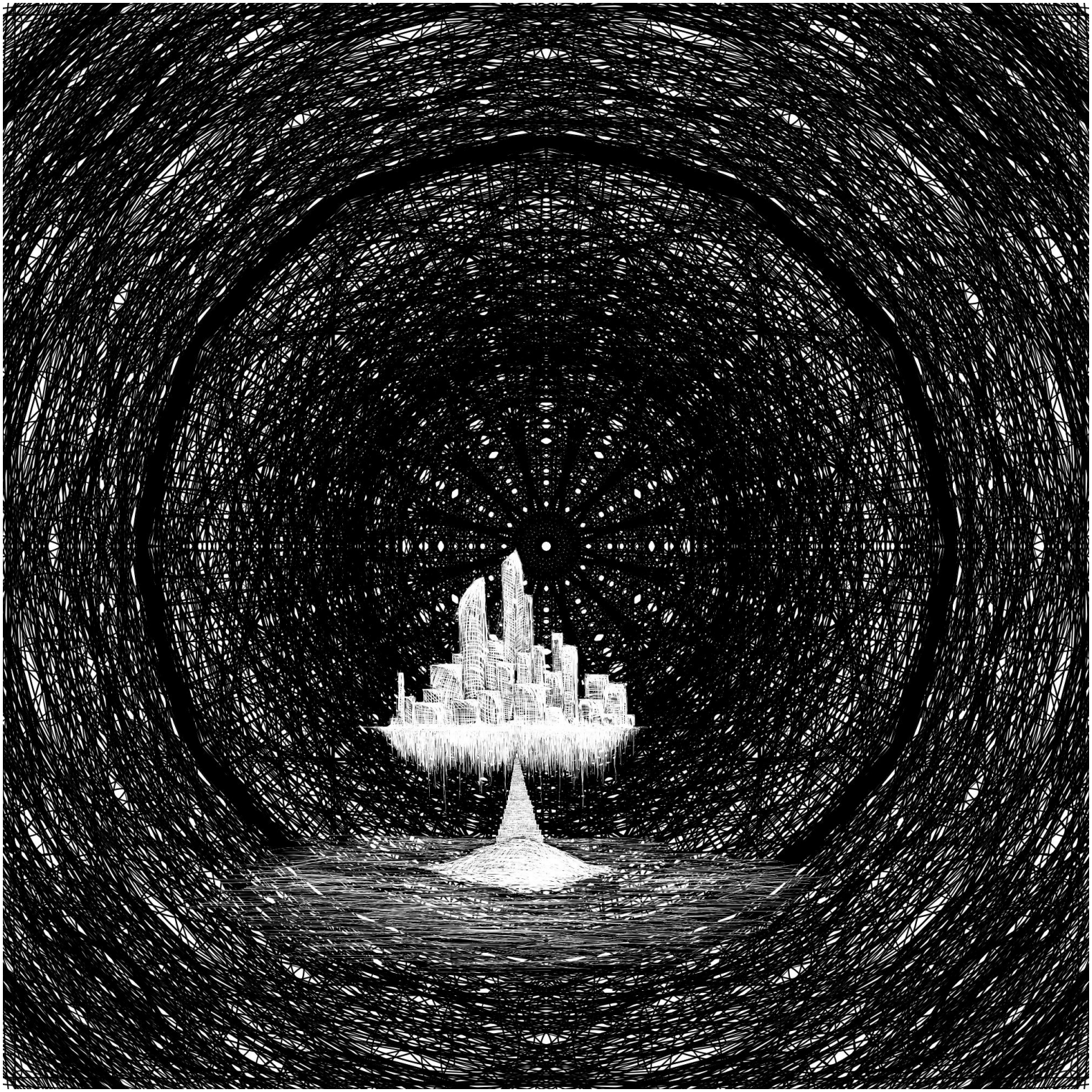
Un negro mundo de tinta

3kkla



Capítulo 1

I

Corre, corre y corre cuesta abajo, corre por correr, corre por sentirse libre, por romper las cadenas de dolor que sujetan su alma. Corre contra todo, corre contra todos, contra los que le dicen que correr no es lo suyo, contra los que le dicen que correr solo debería de ser por necesidad. Pobres, no saben lo que es esa sensación de libertad, la respiración agitada, los ojos bañados en lágrimas debido al viento, el pelo flotando detrás suyo como una estela, los músculos gritando de dolor y alegría.

Corre notando los adoquines bajo sus pies descalzos, notando su vestido plateado aleteando contra su piel. Corre notando el sol calentándola y el viento refrescando su sudorosa piel. Corre y corre cuesta abajo, como si no fuera a correr nunca más, como si nunca hubiera corrido, como si solo pudiera correr y todo lo que no fuera correr fuera una simple ilusión.

Corre entre los edificios de color marrón pálido. Corre entre los puestos de comida a los lados de la amplia calle. Corre esquivando a pobres cubiertos de harapos, corre esquivando a nobles vestidos con lujosos ropajes, a carromatos tirados por caballos, a ancianos de andar lento y niños de andar alegre. Corre serpenteando entre la corriente de gente que fluye a lo largo de la calle, corre esquivando soldados, corre esquivando tenderos, esquivando a un perro de mirada agresiva, hocico afilado y pelo marrón.

Salta un pequeño muro y sigue corriendo, sus pies gimen, sus músculos piden piedad y un descanso, sus pulmones piden más oxígeno. Salta otro muro, un pie, después otro, otro más, zancadas y zancadas cuesta abajo, zancadas lo más rápido que puede. Ya queda poco, ya está cerca, no sabe a dónde corre, solo sabe que tiene que ir allí. No ir, tiene que correr hasta allí. Ni siquiera sabe por qué tiene que ir, pero dado que es corriendo le parece bien.

La gente, un borrón a su lado, manchas de variopintos colores que pasan a su lado en lo que dura un parpadeo. Todo son manchas, los puestos, las casas, las personas… unas más grandes, otras más pequeñas, de variados colores, de variadas formas.

Un giro a la derecha, sigue corriendo, otro giro a la derecha y uno rápido a la izquierda, sigue corriendo, por ese callejón estrecho entre esas casas tan altas, sigue corriendo. Justo por el centro, corre, pero sin rasparse, sigue, sigue que ya falta poco. Otro giro más a la derecha, y corre, ya lo

veo, ya lo veo, corre, solo un poco más.

Se detiene jadeando, las manos en las rodillas, la cabeza hacia abajo, el pelo plateado cayendo sobre su cara, la respiración acelerada, el corazón martilleándole en el pecho. Calma, respira, calma, ya has llegado. Las piernas le arden, el estómago intenta expulsar el desayuno, el sudor corre por su frente. La boca pastosa, la respiración ya es más lenta.

Se incorpora y mira. A su alrededor altos edificios, tan altos que apenas puede verse dónde acaban, sobre ella un cielo azul intenso sin rastro de nubes. En medio de esos edificios árboles. Creciendo allí dentro como un diminuto bosque. No son muy altos, los edificios lo son más, las ramas de los árboles se cuelan por las ventanas y las puertas, chocan contra las paredes, se mecen al son de las corrientes de aire.

Ella se adentra, extasiada al contemplar los árboles, viéndoles bailar, escuchando sus hojas mecerse con ligereza. Nada de aquello tiene sentido. ¿Dónde está la gente? ¿Por qué no hay ruido? ¿Cómo han acabado allí esos árboles?

Un rojo fruto, colgando de una de las ramas de uno de los árboles. Sin moverse al son del viento, colgando orgulloso como un pequeño sol de sangre. Curva ligeramente la rama de la que está enganchado a varios metros de altura. Eso era lo que la llamaba.

Asciende, lentamente, las piernas no le duelen pero no tienen apenas fuerzas, una rama con la mano derecha, hace fuerza con los pies y coge otra rama con la mano izquierda, el pie derecho contra el tronco, un pequeño impulso, se sienta en una gruesa rama. La mano derecha a una ramita pequeña, no, esa no que se dobla, esa mejor, un pie y luego el otro. Se estira, un poco más, solo un poco más… Su mano izquierda se cierra en torno al fruto, demasiado grande para cogerlo, se estira un poco más, agarra la ramita de la que pende y, tras agitarla, un poco el fruto se desprende para caer al césped que crece bajo los árboles.

Sus pies se resienten de la caída, dos metros no son poco para una caída. Y más aún si eres una gentil, dulce y cansada señorita.

El fruto yace a su lado, rollizo, rojo, lleno de vida. Parece que la mire, que la llame, que le diga que comerlo es lo mejor que puede a uno pasarle en esta miserable vida cargada de carreras hasta la saciedad. Oh, correr, correr con la vida que lleva ese fruto dentro, sería maravilloso, podría correr y alcanzar el horizonte, correr junto a los ríos y ganarles en una carrera, correr calle abajo sin que la gente pudiera siquiera verla.

Alargando sus dos manitas coge el fruto con delicadeza, el corazón vuelve a martillear en su pecho, la emoción fluye por sus venas compartiendo espacio con su sangre. Las manos le temblarían de no ser porque sujetan

el fruto. Es ligeramente blando, consistente, parece que palpite, parece que tenga más vida que ella misma.

Se lo acerca a la boca y lo muerde ligeramente. Se desprende un dulce aroma al morderlo. Un líquido rojo oscuro fluye del fruto. Arranca el mordisco y lo mastica, el sabor es tan dulce como el olor que desprendía. Es como miel hecha fruta, es delicioso. Traga y se queda mirando al fruto.

De pronto todo empieza a cambiar. El fruto se deshace en tinta, tinta roja que flota al viento. Los árboles se secan, se reducen, se retuercen. El árbol sobre el que se había subido mengua, se vuelve gris, duro, frío, se desprenden de él pequeños trozos de piedra revelando a un chico de unos veinte años sentado, la mano sujetando algo invisible, la boca abierta, los ojos cerrados. Los demás árboles también cambian, gente, sentada, como sujetando algo redondo. Como si acabaran de comer algo delicioso. Y son de piedra.

Entonces lo entiende y sonríe. Su mano es gris y no sujeta nada, su brazo es gris y no se mueve, su cuerpo se queda rígido, se pone frío, se endurece. Y ella sonríe mientras una lágrima cae de su mejilla y se estrella contra el suelo. La sonrisa también se endurece, se endurecen también sus ojos y la lágrima que salía de ellos.

Correr, correr estando quieta, sin poder moverse, correr no, pero al menos sonreír.

II

Es como un tambor, el constante golpeteo, el latir de las cosas. Resuena en mi oídos, las pulsaciones que cada cosa emite, cada uno distinto, cada uno exclusivo, el árbol lento, la roca aún más lenta pero más grave, el aire liviano y débil, las casa rítmico y constante… y así todo, todo late,todo me hace saber que existe, todo transmite lo que es y como es en su latido.

Y por encima de todos ellos un latido más fuerte, más intenso. Golpea mis tímpanos como un martillo, constante, sin perder el ritmo, ni de día ni de noche, siempre late, siempre al mismo ritmo, sin pausa, sin importarle el día o la hora. Late alto y fuerte, como un clavo al ser golpeado por una maza, como un gigante al pisar la tierra. Todo retumba, mi cabeza late al ritmo del latido que todo lo llena.

Y comienzo a seguirlo. Lo sigo como lo han hecho muchos otros, corriendo, corriendo calle abajo, entre mercados, mercaderes, tiendas y animales. Serpenteando entre ancianos de camino al senado y niños que van a la escuela. Me dejo guiar por él. Pero no soy como los demás, todos corremos pero ellos corren sin más, yo corro y pienso, ellos ponen un pie

detrás del otro sin preguntarse hacia donde les guían sus pisadas, yo me lo planteo cada milésima de segundo.

Soy el único que no es joven, el único que no ha sucumbido. Si bien el rojo fruto me atrae como al resto debe de ser que soy más fuerte que los demás pues ellos siempre sucumben. Y siempre me dejan atrás pues mis viejos huesos y cansados músculos no pueden seguir a su juventud.

No. No ¿Por qué es tan cruel el mundo? ¿Qué hace que esa niña merezca esa suerte? No lo puedo permitir. Corro detrás de ella, sigilosamente, sin que ella lo note. Corro rápido y agazapado, escondiéndome furtivamente entre la multitud y las sombras que proyectan. Apenas noto cansancio, comparado a toda una vida corriendo poco significa un ligero trote como este. Por suerte no corre rápido o me habría dejado atrás como el resto.

Ella corre delante mío, se ve que está cansada, pero corre como si le fuera la vida en ello. Lleva un vestido plateado que ondea al viento, el pelo también plateado flota detrás suyo como una estela. La verdad es que es bonito de ver, es como una cinta blanca mecida por turbulentas corrientes de aire, como un barco de papel navegando en medio de una tormenta.

Ella delante, yo a unos metros de distancia, serpenteando entre la marea de gente que inunda las hermosas calles de la cuidad, saltando cuando no se puede correr, corriendo en cualquier otro caso, parar no es una opción, solo paran los que ya no pueden correr.

Callejeamos un rato más, ella corre alegre, casi me parece escuchar como se ríe. Unos cuantos giros y desembocamos en el pequeño y escondido bosque donde está el Latido. Yo retrocedo sin hacer ruido y me escondo en uno de los edificios que rodean el pequeño conjunto de árboles.

Siempre he querido venir aquí, como todos los demás lo han hecho, pero había algo que me retenía. Yo corro como corren ellos, no tan rápido, igual de constante, pero con cabeza, ellos corren hacia el latido más cercano, yo corro hacia donde quiero. Y hasta aquí nunca he querido ni he podido correr. Pero la curiosidad me muerde como un cepo, atrapa mi alma y no me deja escapar, se me pega como una lapa. Y me asomo, por un pequeño ventanal redondo con el cristal roto.

Ella está allí, ha cogido el Latido, es tan hermoso, tan lleno de vida, tan cargado de ese rítmico bombeo, como si de un corazón se tratase. Lo muerde, mastica brevemente y traga. Y se queda quieta. El bosque se sigue meciendo al son del viento. Las hojas siguen aleteando suavemente. Y ella está quieta, de espaldas a mi, su pelo ondeando levemente, su vestido esparcido a su alrededor como los pétalos de una extraña y plateada flor. El Latido en sus manos.

Y entonces un latido. Más fuerte que los anteriores, más cargado de vida, más lleno de energía. Hace que todo vibre, que el latido del resto de cosas parezca pequeño e insignificante. El Latido se deshace en roja tinta y de pronto el bosque cambia. O más bien, se agranda. Donde está ella empieza a surgir una pequeña enredadera, que crece a su alrededor, la envuelve poco a poco, ella sigue quieta, la enredadera crece hacia lo alto, ella sigue quieta, la enredadera se ensancha y saca ramas, ella sigue quieta, la enredadera ya no es una enredadera sino un árbol, a ella apenas se la distingue, el árbol cubre poco a poco lo que queda de su vestido, ella hecha hojas, el árbol, ya con hojas saca unas pequeñas flores de color plateado, ahora su vestido está es sus flores, su plateado y cepillado pelo sus pétalos.

Y en medio de ese plateado árbol, en una de sus delicadas ramas, surge un pequeño fruto rojo como la sangre que cuelga orgulloso como una medalla, o el estandarte que se pone tras una conquista.

Por mis mejillas corren lágrimas, que crueldad, que maldad, que dolor se encierra en ese fruto carnoso y apetecible. Salgo a trompicones del edificio, cegado por las lágrimas, no he hecho nada, igual no podía hacer nada, pero debería de haberlo intentado. Vuelvo a correr, esta vez sin rumbo, simplemente vagar, sin dirección fija, sin ánimo de tenerla, solo un pie y después el otro, una y otra vez, hasta que mis pies sangran, hacía mucho que no sangraban, pero claro, hoy todo es sangre.

Sangre y plata.

III

Una superficie blanca, perfecta, inmaculada. No tiene fallo, no tiene marca alguna, es solo blanca, blanca perfecta, blanca hasta desafiar al negro, blanca hasta que todo cuanto piensas es si existe acaso otra cosa que no sea blanca. Blanco sobre lo que sustentar aquello que no lo es.’9

Cae negro, cae desde el cielo, cae primero una gota, negra, pulida, perfecta también. Deformada por el aire con el que roza, brillante y cromada. Si uno se fija lo suficiente podrá verse reflejado en esa pequeña y negra gota. Se estrella contra el blanco y estalla en miles de diminutas gotas negras. Lo empapa todo, el blanco se tiñe de negro, el negro cubre el blanco y lo hace suyo.

Una estrella negra sobre un fondo blanco. Otra gota negra, y otra más, y luego otra, y otra más. Gotas negras cayendo una detrás de otra, pero esta vez no empapan, no se expanden, no caen y estallan en miles de pequeñas gotas negras. Esta vez caen y se quedan dentro de ese negro que ya empapa parte del blanco. Caen una tras otra en ese negro.

Negro sobre negro, negro perfecto, negro hasta que el blanco ya no parece tan exclusivo, tan solo, tan perfecto. Negro hasta que el blanco y el negro parecen lo mismo, hasta que el simple hecho de creer que el negro no existía resulta hilarante y descabellado.

Y el negro crece, no por el blanco, sino por aquello que no tiene color. Crece y se yergue, se alza como un árbol en medio de una estepa. Crece poco a poco, lentamente, pero con precisión, se alza poco a poco. Primero una base que cubre con algo de grosor donde antes solo había una mancha. Y luego se estiliza, se concreta, se define poco a poco, primero un pequeño muro, luego el muro crece algo más, dentro del muro casas, variadas, distintas cada una de las demás, cada una con un toque que la diferencia del resto. Entre las casas calles, con adoquines, pequeños adoquines de color negro, pequeños adoquines colocados simétricamente, creando una red de líneas dentro de esa red que son las calles.

Un mercado, una plaza, unos soportales, un edificio grande con columnas en la entrada. Un monumento a una batalla importante, al lado del monumento una fuente pues con solo verlo uno necesita hidratarse. Una noria para sacar negra agua de un pequeño y negro riachuelo que discurre por dentro de las negras murallas de la negra ciudad.

Un castillo negro, con almenas altas y orgullosas, estandartes que se mecen suavemente, altas torres y gruesos torreones. Todo negro, todo perfecto, pulido, hermoso. Pero no hay vida, dentro de ese negro solo hay negro, nada más que negro, negro hasta decir basta, negro y todo negro.

Y surgen ellos, pequeñas y negras personas, quietas, paralizadas, carentes de color, carentes de vida y emoción, carentes de ánimo, carentes de corazón. Está el rey mirando desde las murallas de su castillo, siempre al mismo punto. Una muchacha se arregla el cabello al lado de la ventana de su casa. Un grupo de hombres traslada unos muebles negros a lo largo de una negra y ancha calle. Todos haciendo algo, pero todos quietos. Como figuras de cera negra, congeladas en un solo instante.

Cae plateado, un gota, como esa primera gota negra. Cae y baña el negro, cae y se disuelve, cae y no deja rastro, tan rápido como baña la negra ciudad desaparece. Y brota el color, lo cubre todo, lo abarca todo, las piedras pasan a ser negras, las piel de variados tonos, las plantas verdes, las flores coloridas: Llega el olor, el sabor, las sensaciones, el pan huele a pan, la madera al quemarse desprende calor y un intenso olor a historias y cuentos antiguos, la cerveza recién servida en las tabernas sabe amarga y deliciosa.

Pero el olor no se propaga, el sonido no se mueve, las cosas flotan, no interactúan, no se relacionan unas con otras, y cae azul. Un azul intenso, como los ojos de un bebé, como el océano, como el cielo despejado. Cae y al igual que el plateado se deshace, se funde, lo llena todo y puedes verlo

pero nada más cae desaparece, se esparce, se deshace, se volatiliza. Y todo empieza a moverse, el viento agita las hojas de los árboles, la tierra atrae todo lo que hay sobre ella, los olores se propagan, el ruido inunda el aire, el calor del sol llena las calles.

Y entonces cae rojo. Una gota roja tan grande como la primera gota negra. Roja y diminuta, pero cubre toda la ciudad, la llena, la eclipsa. Cae y cae, irremediablemente, cae como aquello que está destinado a caer, como aquello que desea subir pero no sabe como y se hunde más. Cae y lo baña todo de rojo.

En medio de cuatro edificios, en una zona donde no había nadie, ni lo habrá, se condensa el rojo, se acumula, se compacta.

Del verde suelo de hierba muerta surge un pequeño y rojo fruto cargado de color y vida. Mientras a su alrededor todo está muerto el fruto está vivo, vivo por todo aquello que no lo está, vivo como si en el se condensara toda la vida que le falta a ese reino cubierto de color, sensaciones e interacciones.

Un latido, nada, otro latido, nada, latidos, uno detrás de otro. Rítmicamente, latido, pausa, latido, pausa, latido… latidos y más latidos. Y el rey se mueve, comienza a pasear con gesto calmado por las murallas de su hermoso palacio. La chica termina de peinarse el plateado pelo, se alisa el vestido plateado con las manos y baja las escaleras para pasear. Los hombre siguen con su trabajosa empresa.

Cada uno se mueve, tranquilamente, sin prisa, sin pausa, sin estrés. Unos pasean alegremente disfrutando del color, otros simplemente disfrutan de suave brisa que mece la ropa recién lavada. Y uno empieza a correr, solo uno, serpenteando entre las casas, corriendo sin detenerse, corriendo sin descanso.

Corriendo hacia ese pequeño y rojo fruto de color sangre.

Y despierto, sudoroso, frío, tirado en un estrecho callejón, jadeando y lleno de terror y pánico. Ella sigue muerta, nada va a remediar eso, pero igual puedo impedir que los demás caigan en la misma trampa que ese rojo fruto a tejido tan cuidadosamente.

IV

Todo cae, todo se desmorona, todo pierde su figura, su ser su Ile, su esencia. Se deshace, se derrumba, cae en la oscuridad más profunda para no volver a levantarse. Pues está deshecho, está muerto, o igual no lo está, igual está vivo pero no lo sabes, igual está muerto pero parece que no. No tiene sentido pero si uno se fija se dará cuenta de que el sentido está enterrado en lo más profundo. Las cosas hay que mantenerlas y yo

las he roto. He hecho añicos el equilibrio, he destrozado el orden natural, he matado a la hermosa dama con los ojos vendados que sujeta la balanza que es la realidad.

No me entregué, no mordí el fruto, no sucumbí a su petición y ahora sucumbe todo a causa de mi egoísmo. Los árboles han perdido su color, ahora son negros, ya no hay olor, ya no hay sonido, ya no hay sabor siquiera. No noto nada, no siento nada, solo están las cosas, negras, el suelo negro, los árboles negros, sus hojas negras, el fruto rojo. Me hundo pero no me hundo, floto, vago por el aire, ya no hay interacción, ahora el aire no mece las negras hojas, el suelo no me atrae, si soplo no hay viento y si lo hay no hace nada. La gente tampoco tiene color, tampoco tiene interacción, vaga al igual que yo, flotando en el aire, como un papel dejado al viento pero sin que haya viento. Solo flota, sin subir, sin bajar, sin moverse. El pánico se refleja en sus rostros, pequeñas gotas de sudor negro se desprenden de su cuerpo, también flotan, no interaccionan, no resbalan por sus rostros hasta caer como deberían de hacerlo. Los ojos desorbitados, abren la boca gritando pero no emiten sonido alguno, gritan hasta que su garganta no puede más pero el silencio es tan pesado como una enorme losa de piedra. Al menos están vivos, gritan, se enfurecen, se debaten.

Y luego calma, la gente ya no se mueve, sus negros ojos se quedan quietos, sus bocas se mantienen donde están, sus músculos se relajan, sus posturas se van asemejando a las de alguien que duerme, que duerme para no despertar. Un pequeño hilo de humo rojo sale de sus bocas. Como una nube expulsada poco a poco, flota por el aire, se ramifica, cambia de estado, se une a otras para luego separarse, flota y se mueve, como teniendo vida propia, serpentea como una anguila por el aire hasta llegar al Latido, este las absorbe y de ellas no queda ni el más leve rastro.

¿Yo sigo vivo? No lo sé. No me puedo mover, pero me muevo, no es consciente, no es voluntario, ni siquiera se si me muevo yo o se mueve todo lo demás con respecto a mi. No siento nada, ni el viento, ni el aire, ni nada. No oigo, no escucho, solo veo. No porque no pueda oír sino porque no hay nada para ser escuchado, no porque no pueda oler sino porque no hay nada para ser olido. Solo veo, negras formas que antes tenían color y vida, negros rostros antaño cargados de emociones, negros cuerpos que antes se movían felizmente por las calles de una ciudad negra, antaño colorida y cargada de vida y sensaciones.

Y el negro empieza a desaparecer. Los negros rostros y los negros cuerpos que están unidos a ellos se van convirtiendo en humo, en pequeños hilos que tejen una inmensa maraña, una inmensa red, ascienden, como las ramas de un árbol, se pierden en las alturas. Los negros edificios pasan también a ser negras hilos que reptan por el aire,lo negros árboles, las negras baldosas, la ciudad negra. Todo y todos pasan a ser negros hilos

que bailan con un aire macabro al son de una canción que no puedo escuchar. Se van uniendo, avanzando hacia un punto, un punto negro, al lado de un punto rojo. Un negro fruto al lado de un fruto rojo. Un fruto rojo al lado de un fruto plateado. Un fruto plateado que palpita al son de todas las sensaciones que de esa negra ciudad se desprendían, su color, su olor, sos alegres risas. Al lado de ese fruto plateado un fruto azul, brillante, como el azul de los ojos de un bebé. El fruto azul cambia continuamente, se contorsiona, convulsiona, parece estar en continuo debate, dentro de él puedo sentir las fuerzas que todo lo rigen, las interacciones, aplastando todo, atando todo.

Y todo cobra sentido para mí. El Forile encerrando lo que las cosas son, el Senile guardando lo que las cosas transmiten al exterior, el Intile conectándolo todo y el Vitile dando vida a aquello que ha de tenerla. Los cuatro Latidos, los cuadro Frutos que todo llenan y todo lo componen. Las cuatro esencias mayores que componen el tejido de la realidad.

Y en la lejanía veo muchos otros, de variada forma, ritmo y color. Latiendo todos ellos, haciendo de la realidad algo mucho más complejo, más lleno, más cargado. Y todos explotan, se expanden, lo llenan todo, el negro cae sobra el blanco y lo crea todo, el azul cae sobre el negro y le hace estar conectado, el plateado cae sobre el azul y lo llena todo de sensaciones y el rojo cae sobre aquello que lo merece y le da vida.

Y yo caigo, caigo, caigo y me pierdo. Aferro este conocimiento con todas mis fuerzas pero la vida se me escapa. El hilo rojo sale de mi, me abandona, se evade. Intento agarrarlo pero no puedo, igual que no pude salvarla a ella. Así que decido preservarlo, guardar esto que he visto y he conseguido retener, lo plasmo y espero que perdure. Tú que lo estás leyendo transmítelo, haz que esto que has encontrado no sea estéril, haz que la vida de este anciano rey tenga algo de sentido, que no haya sido solo un cobarde que corría por una negra ciudad recubierta de color y que dejó morir a una sonriente niña de vestido plateado.

Eli